

El concepto espacial prehispánico

Parte I

Gerardo Torres Zárate*

México posee un acervo cultural magnífico, relevante y único. De los aspectos que mayor interés han despertado en la comunidad internacional, es el mundo prehispánico. Dentro de esta área uno de los temas menos difundidos es el concepto de su espacio. Hay varias interpretaciones¹ que buscan explicar cómo fue la idea de organizar los edificios, plazas y la vivienda. Los datos presentados por arqueólogos dan una idea de la forma en que se vivía en época prehispánica, sumando los análisis realizados por antropólogos y algunos arquitectos, se tiene una visión general.

En este caso se presenta un análisis a partir de dos fuentes: el pensamiento y los códices. Por un lado se hace un acercamiento a la cosmovisión náhuatl, el tema reviste gran importancia para interpretar culturalmente el espacio prehispánico. Se parte de la idea de establecer relaciones con el concepto del espacio arquitectónico y la cosmovisión náhuatl. Sin lugar a dudas, el trabajo más importante al respecto es el desarrollado por Miguel León Portilla. Por ello es trascendente analizar la información desarrollada por dicho autor.

León Portilla² hace notar que los pueblos nahuas, al igual que la mayoría de pueblos antiguos, desarrollaron su cosmovisión a base de metáforas con forma de mitos. Según el autor, «los mitos ofrecen el contenido simbólico que hace posible la comprensión» y afirma que hoy en día nuestras verdades científicas, al ser analizadas, dejarían ver «todo el simbolismo, las metáforas y aun auténticos mitos implicados en ellas».

Haciendo una analogía con respecto a los pensadores griegos que explicaban los principios del universo, según León, en el mundo prehispánico los *tlaomatinime* trataron de explicar el origen tem-

poral del mundo y su posición cardinal en el espacio. Estos pensadores nahuas desarrollaron una «serie de concepciones de rico simbolismo que cada vez iban depurando y racionalizando más».³

De acuerdo al estudio de Portilla, el origen de todo parte del concepto de un lugar y un dios dual: *Ometéotl*: dios de la dualidad o del dúo, que vive en «el lugar de la dualidad» (*Omeyocan*). Los dos primeros nombres con que se designa al principio dual: *La del faldellín de estrellas (Citlalinicue)* y *Astro que hace lucir las cosas (Citlallatónac)*, se refieren a la doble acción de *Ometéotl*, cuando por la noche hace brillar las estrellas, y cuando de día, identificado con el sol, es el astro que da vida a las cosas y «las hace lucir».

Explica León, el lugar del origen cósmico: el *Omeyocan*, «sitio de la dualidad», que se afirma está arriba de los «nueve travesaños» que forman los cielos. Menciona que en otros textos, en vez de nueve, se afirma que son doce, o más comúnmente, trece los dichos cielos.

Afirma el autor: «Nadie mejor que *Quetzalcóatl* podría simbolizar entre los nahuas el ansia de explicación metafísica. Su figura, evocadora de mitos, hace pensar en su sabiduría, en su búsqueda de un más allá, cuando cayendo en la cuenta de que en esta vida existe el pecado y se hacen viejos los rostros, trató de irse al Oriente, hacia la tierra del color negro y rojo, a la región del saber. Aquí lo

¹ Algunos autores que señalan dichas interpretaciones se mencionan en el artículo «Espacio mesoamericano», de Santos Martínez, Lázaro. *esencia y espacio* núm. 14, pp.18-23. Revista de la ESIA Tecamachalco IPN. México. 2001.

² León Portilla, Miguel. *La Filosofía Náhuatl*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

³ *Op. cit* p. 84.

*Doctor en Arquitectura. Profesor de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la ESIA Tecamachalco. gtorresz@ipn.mx



Patio con basamentos de viviendas de una unidad habitacional, 550 al 950 d. C. Cantona, Puebla. Foto: Gerardo Torres Zárate.

encontramos todavía en Tula, en su casa de ayunos, lugar de penitencia y oración, a donde se retiraba a meditar. Invocaba, buscaba la solución deseada, inquiriendo acerca de lo que está en el interior del cielo. Allí, como hemos visto, descubrió su respuesta: es el principio dual, el que a «la tierra hace estar en pie y la cubre de algodón».⁴

Dice Portilla que a través del mito acerca de *Quetzalcóatl*, se marca la trascendencia de *Ometéotl*, quien no sólo ofrece sostén a la tierra, sino que lo vio vestido de negro y de rojo, identificado con la noche y el día. Descubrió en el cielo estrellado al faldellín luminoso con que se cubre el aspecto femenino de *Ometéotl* y en el astro que de día hace resplandecer a las cosas, encontró su rostro masculino y el símbolo de su potencia generativa «madre y padre de los dioses», o sea que es origen de las demás fuerzas naturales divinizadas por la religión náhuatl. Dando apoyo al mundo, está *Ometéotl* (dios de la dualidad).

Según Portilla, de acuerdo a textos nahuas, *Ometeótl* está «tendido en el ombligo de la tierra», con lo que se indica que sustenta al mundo, el mundo se apoya en él viviendo precisamente en lo que es su centro, entre los cuatro rumbos cardinales que se asignan a los otros dioses engendrados por él. *Ometeol* es el padre y madre de las fuerzas cósmicas. De acuerdo con la antigua relación de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, cuatro fueron las primeras manifestaciones divinas, desdoblamiento inmediato del principio dual.

Al mayor llamaron Tlaclauque Tezcatlipuca (*Tla-tlauhqui Tezcatlipoca*), éste nació todo colorado. Tuvieron el segundo hijo, al cual dijeron Yayanque (*Yayauqui*) Tezcatlipuca, el cual fue el mayor y peor, y el que más mandó y pudo que los otros tres, porque nació en medio de todos: éste nació negro. Al tercero llamaron Quizalcóatl (*Quetzalcóatl*), y por otro nombre Yagualiecatl (*Yoalli Ehécatl*). Al cuarto y más pequeño llamaban Omitecitl (*Omitéotl*), y por otro nombre Maquezcoatl (*Maquizcóatl*) y los mexicanos le decían Uchilobi (*Huitzilopochtli*), porque fue izquierdo, al cual tuvieron los de México como dios principal.

Estos cuatro elementos divinizados constituyen las fuerzas primordiales que ponen en marcha la historia del mundo. Desde un principio, el simbolismo de sus colores –rojo, negro, blanco y azul– permiten seguirlos a través de sus varias identificaciones con los elementos naturales, con los rumbos del espacio y con los periodos de tiempo que estarán bajo su influencia. Porque, con los cuatro hijos de *Ometéotl* entrarán de lleno en el mundo, el espacio y el tiempo, concebidos no como un escenario vacío –unas meras coordenadas– sino como factores dinámicos, que se entrelazan y se implican para regir al acaecer cósmico.

Dice Portilla que la *Historia de los mexicanos* ilustra acerca de sus primeras actividades como creadores del fuego, del Sol, de la región de los

⁴ *Idem.* p. 92.

muestran, del lugar de las aguas, allende los cielos, de la tierra y los hombres, de los días y los meses y en una palabra, del tiempo. Y esto que a primera vista parece contradecir la versión dada por los informantes de Sahagún arriba citada, donde se dice que *Ometéotl* mismo es quien vivifica y da cimiento a todas esas realidades, de hecho si se examina mejor, más bien podrá decirse que los nuevos datos la clarifican y completan.

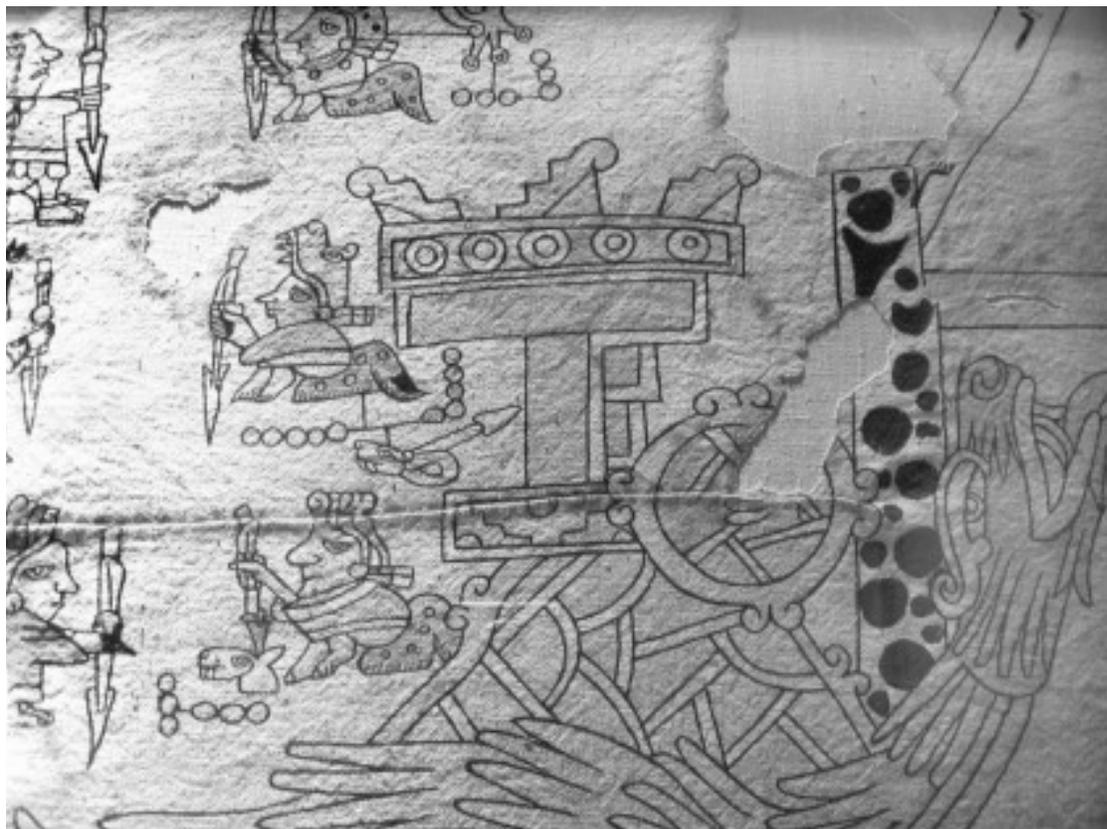
«Pasados seiscientos años del nacimiento de los cuatro dioses hermanos, e hijos de Tonacatecli (*Tonacatecuhtli*), se juntaron todos los cuatro y dijeron que era bien que ordenasen lo que habían de hacer, y la ley que habían de tener... Luego hicieron a un hombre y a una mujer: el hombre dijeron Uxumuco (*Oxomoco*), y a ella Cipastonal (*Cipactónal*), y mandáronles que labrasen la tierra, y que ella hilase y tejiese, y que de ellos nacieran los *macehuales*, y que no holgasen sino que siempre trabajasen.

...y a ella le dieron los dioses ciertos granos de maíz, para que con ellos ella curase y usase de adivinanzas y hechicerías, y así lo usan hoy día a hacer de las mujeres. ...Luego hicieron los días y los partieron en meses, dando a cada mes veinte días, y así tenía diez y ocho, y trescientos y sesenta días en el año, como se dirá adelante».⁵

Identificándose el *Tezcatlipoca* rojo con el lugar del oriente, *Tlapalan*, la región del color rojo; el *Tezcatlipoca* negro con la noche y la región de los muertos, situada en el norte; *Quetzalcóatl*, noche y viento, con el oeste, la región de la fecundidad y la vida y por fin el *Tezcatlipoca* azul –personificado por el *Huitzilopochtli* azteca en Tenochtitlan– ligado con el sur, la región que se halla a la izquierda del sol, cada uno comenzará a actuar desde su centro de acción, situado en uno de los cuatro rumbos del mundo. *Huehuetéotl*, el dios viejo, el principio supremo, observará desde el *Omeyocan* y desde el ombligo de la tierra la acción de los dioses.

Puede observarse en estas ideas desarrolladas por Miguel León Portilla, cómo a partir de un principio dual, se genera el universo. Debe destacarse que todo cuanto existe es ubicado, temporal y espacialmente, dentro de un orden. A partir del centro y de los cuatro rumbos del universo, se concibe al espacio. Este principio trascendente se reflejó en la vida y hacer del mundo náhuatl. Más adelante se muestra cómo es representado en casi todos los aspectos de la vida el número cuatro, de los rumbos y la importancia del centro de cualquier espacio.

⁵ *Idem.* p. 96.

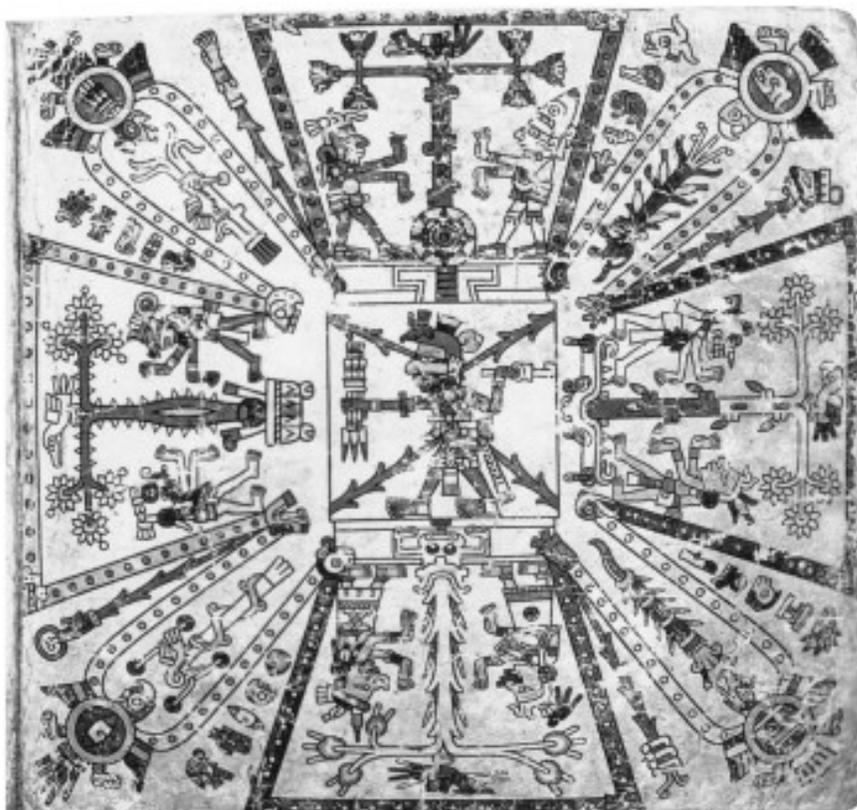


Representación de una casa. Siglo XVI. Lámina central del lienzo de *Coixtlahuaca*. Museo Nacional de Antropología e Historia. Sala Oaxaca.

Continuando con León Portilla, afirma que aquel primer equilibrio no fue algo estable; las luchas míticas de Quetzalcóatl y los varios Tezcatlipocas habrán de romperlo. Porque como ninguno de los cuatro dioses existe por sí mismo ni es en realidad el sostén del universo, ya que esto es obra de *Ometéotl*, su condición es también precaria e inestable. Sólo *Ometéotl*—dualidad generadora y sostén universal— está en pie por sí mismo. Sus hijos, los cuatro primeros dioses, son fuerzas en tensión y sin reposo. Llevan en sí mismos el germen de la lucha. En un afán de predominio, cada uno tratará de identificarse con el Sol para regir entonces la vida de los hombres y el destino del mundo. En cada edad de la tierra — en cada Sol— predomina uno de ellos, simbolizando a la vez un elemento —tierra, aire, fuego y agua— y uno de los cuatro rumbos del mundo. El breve lapso de tiempo en que logra mantener a raya el influjo de las fuerzas rivales, constituye una de las edades del mundo, que a los mortales parecen tan largas. Mas al fin sobrevienen la lucha y la destrucción. *Tezcatlipoca* y *Quetzalcóatl* combaten, se eliminan uno a otro y reaparecen de nuevo en el campo de batalla del universo. Los monstruos de la tierra, el viento, el fuego y el agua son las fuerzas que chocan, viniendo con ímpetu desde los cuatro rumbos del mundo.

Del nacimiento y destrucción de los cuatro soles, se presenta íntegro el texto que León Portilla toma de Sahagún acerca de la creación del quinto sol:

"Llegada la media noche, todos los dioses se pusieron en derredor del hogar que se llamaba *teotexcalli*. En este lugar ardió el fuego cuatro días... y luego hablaron y dijeron a *Tecuciztecatl*. «¡Ea, pues, *Tecuciztecatl*, entra tú en el fuego!» Y él luego acometió para echarse en él, volviéndose atrás... De que hubo probado cuatro veces, los dioses luego hablaron a *Nanauatzin*, y dijeronle: ¡Ea, pues *Nanauatzin*, prueba tú!; y como le hubieron hablado los dioses, esforzándose y cerrando los ojos, arremetió, y echose en el fuego, y luego comenzó a rechinar y respendar en el fuego como quien se asa. Como vio *Tecuciztecatl*, que se había echado en el fuego y ardía, arremetió y echose en la hoguera... Después que ambos se hubieron arrojado en el fuego, y que se habían quemado, luego los dioses se sentaron a esperar a qué parte vendría a salir el *Nanahuatzin*. Habiendo estado gran rato esperando, comenzase a poner colorado el cielo, y en todas partes apareció la luz del alba. Dicen que después de esto los dioses se hincaron de rodillas para esperar por dónde saldría *Nanahuatzin* hecho el sol; miraron a todas partes volviéndose en derredor, mas nunca acertaron a pensar ni a decir a qué parte saldría, en ninguna cosa se determinaron; algunos pensaron que saldría de la parte norte, y paráronse a mirar hacia él: otros hacia medio día, a todas partes sospecharon que había de salir; porque por todas partes había resplandor del alba; otros se pusieron a mirar hacia el oriente, y dijeron aquí de esta parte ha de salir el sol. El dicho de éstos fue verdadero; dicen que los que miraron hacia el oriente fueron *Quetzalcóatl*, que también se llama *Ecatl*, y otro que se llama *Totec*... y cuando vino a salir el sol, pareció muy



Los cuatro rumbos del universo: los árboles cósmicos con sus aves. Página 1ª del Códice Fevrery-Mayer.⁷

colorado, y que se contoneaba de una parte a otra, y nadie lo podía mirar, porque quitaba la vista de los ojos, resplandecía, y echaba rayos de sí en gran manera, y sus rayos se derramaron por todas partes...⁸ Al principio el quinto Sol no se movía; «entonces, dijeron los dioses, ¿cómo viviremos? ¡No se mueve el Sol!» Para darle fuerzas se sacrificaron los dioses y le ofrecieron su sangre. Por fin sopló el viento y «moviéndose, siguió el Sol su camino.»⁹

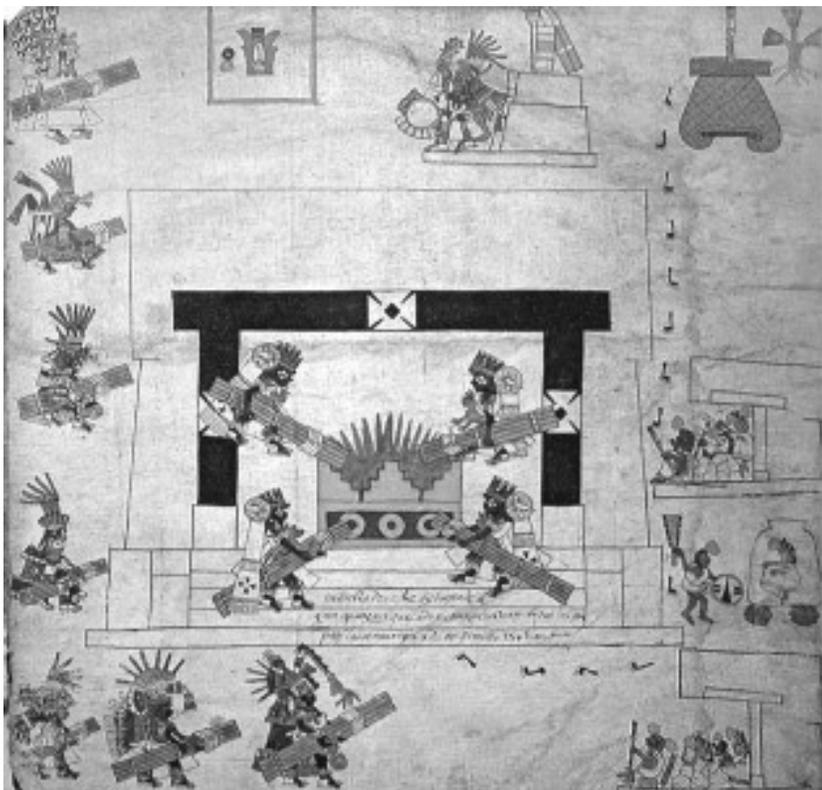
Esta metáfora plantea la relación de las fuerzas cósmicas, que se equilibran para hacer que el mundo siga sosteniéndose. Nuevamente se presentan referencias al número cuatro en las noches que ardía el fuego en los soles que habían existido. Así el orden de las cosas va configurándose a partir de este número, que es el de los descendientes directos de *Ometéotl*.

⁶ En esta primera página se ofrece una imagen cosmológica en la que se integran los principios de la organización del tiempo y del espacio. El patrón es de una cruz, formando el tonalpoalli. Anders, Jansen, Reyes. *El Libro de Tezcatlipoca, señor del tiempo*. Libro explicativo del llamado códice Fevrery-Mayer. Fondo de Cultura Económica, México-Austria, 1994, p. 149.

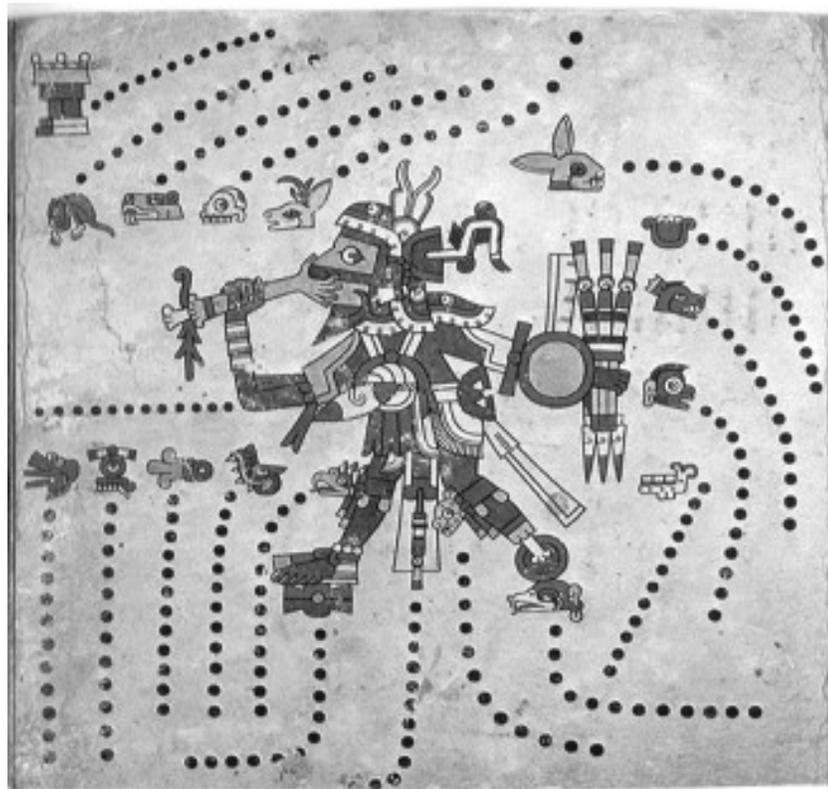
⁷ Códice Fevrery-Mayer, Reproducción facsimilar. Academiche Druck un Verlagsanstalt Neufeldweg, Graz, Australia, 1994.

⁸ Ídem. Página 109. Texto tomado de Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Edición Bustamante, tres vols, México, 1829.

⁹ León Portilla, Miguel. *La Filosofía Náhuatl*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. 110.



Representación de la fiesta del fuego nuevo.¹⁰ Códice Borbónico.¹¹



Tezcatlipoca, señor de las trecenas. Última página¹² del Códice Fevry-Mayer.¹³

Siguiendo las ideas de Portilla, éste afirma que la primera y más importante es la exigencia lógica de fundamentación de los mundos, idea que responde a la pregunta concebida por los *tlatinime* sobre qué es lo que hace estar a las cosas «en pie». El pensamiento náhuatl sólo tiene por verdadero (*nelli*) aquello que está cimentado en algo firme y permanente: con raíz (*nel-hua-yotl*). Y lo único verdaderamente cimentado en sí mismo es *Ometéotl*, el principio ambivalente, origen y sostén de las fuerzas cósmicas (sus hijos, los dioses). Por esto, aunque *Ometéotl* existe originalmente en la dimensión superior del *Omeyocan*, en el treceavo cielo, para dar sustento al mundo, está también en su ombligo o centro. Las cosas, particularmente el mundo, son entonces *tlananaca*: resultado de la acción fundamentadora de *Ometéotl*.

Otra categoría, igualmente clave, es la que enmarca estas fundamentaciones del mundo en una serie de ciclos. La tierra, cimentada por *Ometéotl*, no es algo estático. Sometida al influjo de las fuerzas cósmicas, viene a ser el campo donde éstas actúan. Cuando se equilibran, existe una edad, *un Sol*. Entonces es cuando viven los *macehuales*. Más pronto en un tiempo determinado desaparece el equilibrio y sobreviene un cataclismo. Parece como si *Ometéotl* retirara su apoyo a la tierra. Y, sin embargo, como una prueba de que en el fondo su acción permanece, se descubre a través de los varios ciclos o edades un principio latente de evolución, que culmina, en el caso particular de las plantas alimenticias, con la aparición del maíz.

Ligada con esta idea de los ciclos del mundo está la concepción de los cuatro elementos, simbolizados en la *Historia de los mexicanos* por lo hijos de *Ometéotl*. Los tigres, monstruos de la tierra, el viento, el fuego y el agua, por sorprendente paralelismo vienen a coincidir con las cuatro raíces o elementos de todas las cosas, hipótesis ideada por el filósofo griego Empédocles y

¹⁰ La fiesta del fuego nuevo se realizaba cada 52 años, que son cuatro ciclos de trece años. En la parte superior se señala el año dos caña como inicio de la fiesta del fuego nuevo. Al centro se observa a cuatro sacerdotes, que encienden el fuego nuevo en el templo de Ciacoatl. Anders, Jansen, Reyes. *El Libro del Ciacoatl*. Homenaje para el año del fuego nuevo. Libro explicativo del llamado Códice Borbónico. Fondo de Cultura Económica, México-Austria, 1991, pp. 221-225.

¹¹ Códice Borbónico, Reproducción facsimilar. Academiche Druck un Verlagsanstalt Neufeldweg, Graz, Australia, 1991.

¹² En la última página del códice, se representa a Tezcatlipoca con las trecenas, cada órgano del dios caracteriza el valor mántico de los días. Anders, Jansen, Reyes. *El libro de Tezcatlipoca, Señor del Tiempo*. Libro explicativo del llamado códice Fevry-Mayer. Fondo de Cultura Económica, México-Austria, 1994, p. 149.

¹³ Códice Fevry-Mayer, Reproducción facsimilar. Academiche Druck un Verlagsanstalt Neufeldweg, Graz, Australia, 1994.

comunicada al pensamiento occidental a través de Aristóteles. Atinadamente señaló así Seler las relaciones existentes entre los periodos cósmicos y los cuatro elementos.

Sólo que entre los nahuas estos elementos no son principios estáticos que se descubren por un análisis teórico o por la alquimia, sino que aparecen por sí mismos como las fuerzas cósmicas fundamentales que irrumpen violentamente, desde los cuatro rumbos del universo, en el marco del mundo.

Afirma León Portilla que con esto se presentan otras dos categorías del pensamiento náhuatl: la de los rumbos del universo y la de la lucha. El universo está definido en cuatro rumbos, que coincidiendo con los puntos cardinales, abarcan mucho más que éstos, ya que incluyen todo un cuadrante del espacio universal: el oriente, país del color rojo, región de la luz, su símbolo es una caña que representa la fertilidad y la vida; el norte, región de los muertos y del color negro, lugar frío y desierto que se simboliza por un pedernal; el poniente, región de color blanco, país de las mujeres, su signo es la casa del sol, y por fin el sur, designado como la región azul, a la izquierda del sol, rumbo de carácter incierto que tiene por símbolo al conejo que, como decían los nahuas, «nadie sabe por dónde salta».

En este universo así dividido en cuadrantes, es donde se desarrolla una lucha que parece interminable entre las cuatro fuerzas cósmicas. Cada uno de los cuatro elementos (los hijos de *Ometéotl*) tiende a prevalecer. Bellamente, con el lenguaje del mito, expresa esto la *Historia de los mexicanos* diciendo que «Tezcatlipoca por ser dios se hacía tigre, como los otros sus hermanos (también) lo querían.»¹⁴ Y así, en un combate que se desarrolla en cada uno de los soles, desde los cuatro rumbos del mundo y por medio de una oposición de elementos, se va desarrollando por ciclos la historia del cosmos tal como la vieron los nahuas.

Cabe resaltar de estos párrafos, que el significado de la casa es trascendente en el pensamiento náhuatl, al ubicarla en el rumbo del poniente, donde el sol se mete, y que le atribuyen el lugar de las mujeres ☉

Fuentes de consulta:

Anders, Jansen, Reyes. *El libro del cicuatatl*. Libro explicativo del llamado Códice Borbónico. Fondo de Cultura Económica, México-Austria, 1991.

—. *El libro de tezcatlipoca señor del tiempo*. Libro explicativo del llamado código Fejérvary-Mayer. Fondo de Cultura Económica, México-Austria, 1994.

León Portilla, Miguel. *La filosofía náhuatl*. UNAM, México, 1997.

—. *Los Antiguos Mexicanos. A través de sus crónicas y cantares*. FCE-SEP, Lecturas mexicanas 3. México 1983.



¹⁴ León Portilla, Miguel. *La Filosofía Náhuatl*. Universidad Nacional Autónoma de México 1997, p. 112.

